TRIBUNA

Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla

Mientras se habla de excelencia investigadora y calidad de la docencia, nuestra Universidad puede permitirse el lujo de prescindir de cientos de catedráticos y profesores empujándoles hacia afuera

Dilapidar cerebros

CIENTOS de profesores de varias Universidades andaluzas estamos recibiendo estos días una amable carta en la que se nos invita a abandonar la Universidad. No han leído mal: como nuestra jubilación forzosa es a los setenta años, y prácticamente nadie se jubila voluntariamente a los sesenta y cinco por la gran pérdida económica que ello conlleva, aproximadamente del 50%, se nos está ofreciendo la posibilidad de hacerlo desde los sesenta, si se tiene treinta de servicio, cobrando la totalidad de nuestra retribución actual hasta la edad de jubilación forzosa. Sin tener que dar una clase, ni investigar, ni dirigir tesis. Dicho de otro modo: durante una década, si cumplimos ciertas condiciones, podemos seguir cobrando lo mismo que trabajando... por no hacer nada. El Fondo de Acción Social de la Universidad pagará "generosamente" la diferencia entre la pensión y el total de lo que cobramos ahora. El ofrecimiento se denomina oficialmente, al menos en la Universidad de Sevilla, *Premio a la Jubilación Voluntaria*.

No sé si los lectores interpretarán esto como un nuevo privilegio de las élites académicas o como la extensión a la Administración Pública de la política de prejubilaciones que, desde hace años, llevan muchas empresas para reducir sus gastos en personal. Pero lo más significativo es que, cuando a todos los voceros y autoridades, tanto del ámbito universitario como del político, se les llena la boca de expresiones como "excelencia investigadora", "calidad de la docencia" o "equiparación a Europa", nuestra Universidad pueda permitirse el lujo de prescindir de centenares de catedráticos y profesores titulares, incluso empujándoles fuera de las aulas con el "Premio" de seguir cobrando lo mismo que si continuaran transmitiendo conocimientos a los alumnos, trabajando en investigaciones y aportando experiencia.

Desde hace un tiempo, se nos viene repitiendo que la Convergencia Europea comporta la necesidad de uso de tecnologías y reorientaciones pedagógicas "difíciles de asumir por quienes estén acostumbrados a la clase magistral". No seré yo quien adopte una defensa corporativista de catedráticos y titulares –en ambos cuerpos, como en los demás estamentos universitarios, y en todas las profesiones, hay excelentes, buenos, mediocres y hasta deficientes profesionales– pero me parece un insulto a la inteligencia sugerir la incapacidad mental de adaptación de quienes tienen como oficio el de la experimentación y/o el pensamiento reflexivo. A un vicerrector, o muy honesto o muy fácil de palabra, se le escapó hace unos meses la verdadera finalidad de la medida, al señalar (*El País*, 23/1/2006) que "por cada dos catedráticos que se jubilen, nosotros podremos contratar a un nuevo ayudante". La crudeza de la declaración, aunque se pretenda suavizar con referencias al recambio generacional, no deja lugar a dudas: de lo que se trata es de ahorrar dinero, amortizando puestos y precarizando el empleo. En esto consiste fundamentalmente, aunque se envuelva en el celofán de la Convergencia Europa, la "gestión empresarial" de la Universidad.

Se va hacia la conversión de las universidades en academias en las que se pague al profesor solamente por sus horas de clase

La LOU, impuesta por el gobierno del PP y apenas reformada por el PSOE, y gran parte del contenido de los acuerdos de Bolonia, sólo engañan, en cuanto a sus objetivos, a quienes sean fáciles de seducir por cualquier flauta supuestamente mágica. Sus objetivos son poner la Universidad al servicio exclusivo del Mercado, y, por ello, de sus tres funciones definidoras: formar profesionales mediante la docencia, hacer avanzar el conocimiento a través de la investigación y proporcionar instrumentos críticos para interpretar el mundo y, en su caso, transformarlo, al Mercado le sobra la última y también la mayor parte de la segunda. En esta dirección de amputar funciones van las actuales reformas de titulaciones y el acortamiento de los grados: a la conversión de las Universidades públicas en academias en las que se pague al profesor solamente por horas de clase –cada vez menos en número porque el oráculo pedagógico dice ahora que lo adecuado no es enseñar sino "ayudar a aprender" (?)–, con la guinda de algunos investigadores "de excelencia". Y para conseguir esto, parece claro que un ayudante será casi siempre más dócil, sobre todo por su situación más frágil, y cobrará bastante menos, que dos catedráticos.

De cualquier modo, me parece un inaceptable derroche, una dilapidación de cerebros, que la Universidad pretenda conseguir que la abandonen quienes se encuentran, en su mayoría, en su madurez intelectual más fértil. ¿Se debe animar a éstos a que se vayan a casa, o sería más razonable, y socialmente más productivo, descargarles de algunas horas de clase para que pudieran centrarse en la investigación, la dirección de tesis y proyectos, y la difusión de su pensamiento? Parece que esta alternativa ni siquiera la conciben los gestores económicos– ni, ¡ay! tampoco los rectores académicos ni los miembros de los Consejos Sociales– de nuestras Universidades. Porque el "Premio" ni siquiera es compatible con el nombramiento de Profesor Emérito, que es la vía para mantener algún vínculo con la vida universitaria, después de la jubilación. Además de en sueldos y número de profesores, también parece que quieren ahorrar en mesas.

LA ESQUINA

José Aguilar

Amor de madre

NO debe haber sufrimiento mayor que el de una madre que pierde a su hijo. En general, la muerte de los hijos antes que los padres no sólo es un desafío brutal a las leyes de la naturaleza, sino que deja a los segundos un intransferible sentimiento de culpa, no por irrazonable menos espantoso. La madre, en particular, padece una auténtica amputación de su ser, puesto que se va la vida que ella dio. Es un dolor que no se diluye jamás, según las mujeres que han pasado por el trance de esa pérdida.

De ahí se desprende que ningún amor es tan fuerte, incondicional, generoso y duradero como el amor de madre. Por eso nos cuesta tanto aceptar las malas madres de la literatura –que no escasean, por cierto–, y más aún que en la vida real haya madres crueles, vengativas, egoístas, castradoras o absorbentes. El caso es que las hay. La psicología suelen bucear en la mente de los asesinos buscando la acción corrosiva de una infancia desdichada por maltrato paterno, pero también por abandono materno.

Nos traumatiza con tal intensidad el mero conocimiento de una madre odiosa y nos resistimos de tal manera a admitir esa figura que incluso propendemos a despojarla de su condición humana. "Ni los animales se comportan así con sus hijos", solemos decir ante algún caso de conducta materna aborrecible. Es tan mala, tan mala, que se coloca ella misma por debajo de los animales en cuestión de sentimientos y corazón.

Pero nos engañamos. Los zoólogos han comprobado que la crueldad no resulta privativa de los seres humanos, sino que existe también en la naturaleza. No es verdad que los animales cuiden de sus crías hasta el sacrificio más extremo. Los hay bastante desahogados. Las osas panda, por ejemplo –tan hermosas y divertidas–, hacen planificación familiar postnatal: paren dos gemelos, pero no quieren igual a los dos, ni mucho menos. Uno es el heredero, y el otro, un respuesto. Si el heredero crece y sobrevive, al otro lo dejan morir. El águila africana también se comporta con sadismo. Con el conejo que captura podría alimentar a sus dos cachorros, además de comer ella. Pues no. Alimenta al preferido y luego deja que picotee al hermano despreciado hasta matarle. Y hablando de conejos, la coneja es capaz de parir una decena de crías en menos de un cuarto de hora, y en los veinticinco días siguientes aparece un par de minutos diarios en la madriguera y se deja succionar por el montón de conejitos, en plan que mame el que pueda. El vigésimosexto día ya no vuelve.

Dios mío, dirá alguien, al menos los pacíficos cerdos se librarán de esta maldad natural. Ni hablar. Los lechones nacen con unos pequeños colmillos que sobresalen hacia los laterales de las mandíbulas. Con ellos se cortan unos a otros en la lucha por los mejores pezones maternos. Esto no es culpa de la cerda madre, sino peor: la madre naturaleza nos ha salido así de malvada.

→ jaguilar@grupojoly.com

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón

Hoy se entierra la copla

EN 1969 y 1971 editó sus primeros elepés de éxito, con *Mi amigo*, *Tengo miedo* o *Un clavel*. Se convirtió en una estrella con *Amor marinero* en 1974, éxito superado por *Si amanece* en 1978, por *Señora* en 1979 y por *Como una ola* en 1981. A partir de entonces ya no tuvo más cumbres que conquistar porque ella misma era la nueva cima del género. Ayer se puso el sol sobre esa cumbre y tal vez también sobre la misma copla, esa forma española de la canción popular moderna, versión nuestra de la *pop song* americana, el fado portugués o la *chanson* francesa. Porque Rocío Jurado fue la última heredera directa de ese arte dicen que nacido en el alegre Madrid del Trianón Palace o del Madrid Cinema por obra de Raquel Meller o Pastora Imperio; crecido en las escenificaciones de estampas andaluzas de la Argentinita y en la ópera flamenca que arrimó a la copla las voces de Angelillo, Pinto, Marchena o Valderrama; culminado en los años 30 en las voces de Imperio Argentina, Concha Piquer, Estrellita Castro o Miguel de Molina, masivamente difundidas por el disco, la radio y el cine sonoro; y revestido de empaque musical y escénico cuando Concha Piquer presentó en 1940, en el teatro Calderón de Madrid, su Gran Compañía de Arte Folklórico Andaluz Escenificado.

Fue la última heredera de ese arte que tuvo sus cumbres en Imperio Argentina, Concha Piquer, Estrellita Castro, Lola Flores o Juana Reina

Rocío Jurado cumplía en su biografía los requisitos exigibles a una estrella de la canción popular como prueba de arraigo en una realidad que después dará a su arte una autenticidad que ninguna academia puede enseñar. Si Edith Piaf cantó en las calles antes de ser descubierta, Amalia Rodríguez fue vendedora de frutas hasta darse a conocer en el Retiro da Severa y Ella Fitzgerald huyó de un hospicio para abrirse camino en el Apollo Theatre de Harlem, Rocío –huérfana de padre– recogía fruta o trabajaba de zapatera mientras se presentaba a todos los concursos hasta ganar en 1958 un modesto primer premio en Radio Sevilla y darse a conocer en un tablao de Madrid gracias a la ayuda de Pastora Imperio. Pastora dando la alternativa a Rocío: no cabe mejor símbolo del alfa y la omega de la copla.

¿Hay que sufrir para cantar bien? Tal vez no, pero desde luego hay que vivir. Desaparecidas Lola Flores y Juana Reina, en declive la Pantoja, retirada Marifé, recuperándose de una grave enfermedad Gracia Montes, la muerte de Rocío Jurado pone fin a una época sin que en el horizonte –¿Pastora Soler? ¿Pasión Vega? ¿Diana Navarro?– despunten herederas incuestionables. Para mí la copla murió con Juana Reina, "la reina auténtica de la copla, la majestad, el saber caminar en el escenario, el sentimiento: como si la Macarena se echara de pronto a cantar", como dijo de ella la propia Rocío Jurado. Pero dejó heredera, como se vio en esa escenificación de las tres edades de la copla –Imperio, Juana, Rocío– que fue *Azabache*. ¿La deja Rocío Jurado? A lo peor no, y por eso sea la copla lo que se entierre hoy en Chipiona.

→ ccolon@diariodesevilla.es